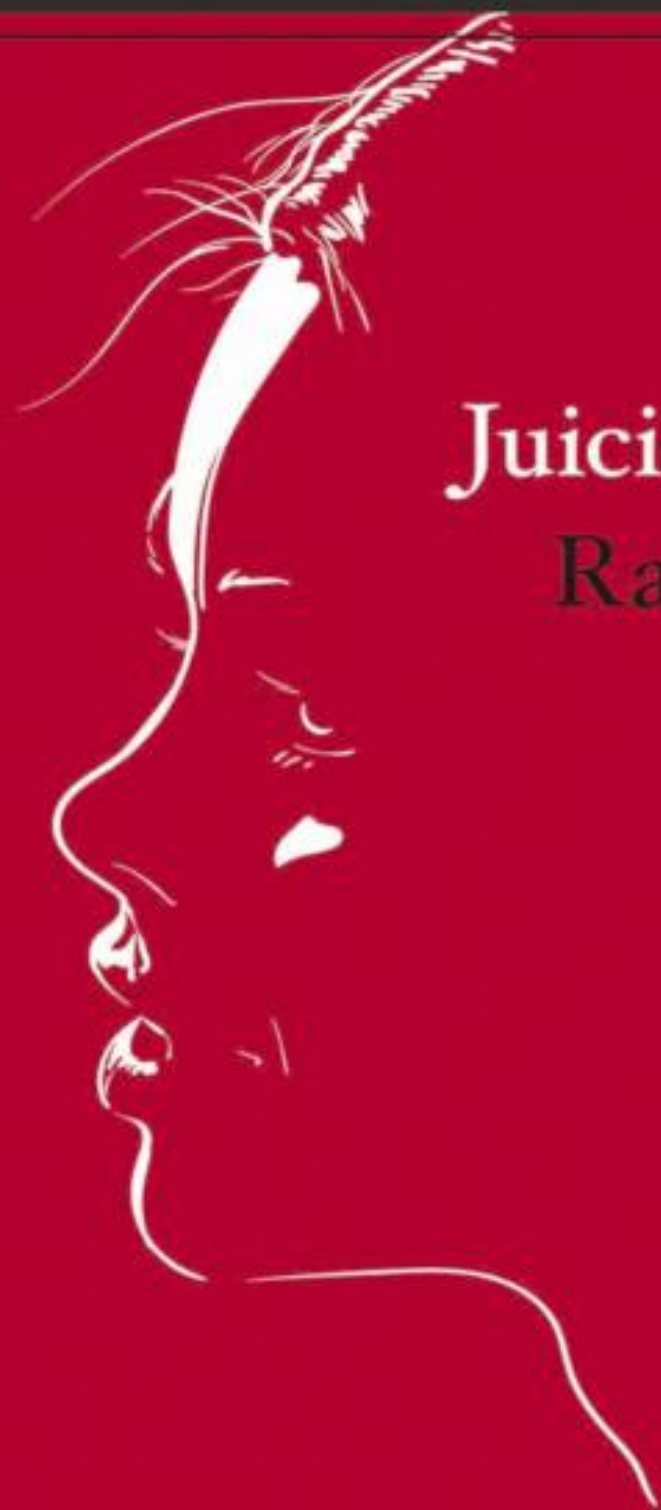


Juicio a Satán
Ray Russell



El padre Gregory Sargeant, después de administrar borracho una extremaunción, es trasladado a la pequeña parroquia de San Miguel. Acostumbrado a la brillante vida social e intelectual de San Francisco, recibe su nuevo destino como un castigo. Nada más llegar, sin embargo, tendrá que enfrentarse a un caso de «histeria sexual»: Susan Garth, una muchacha de dieciséis años «encantadora, formal y educada», con una súbita aversión a la iglesia, ha empezado a decir obscenidades, y un día se desnudó frente al antiguo párroco e intentó estrangularlo; además, el contacto de un crucifijo en el brazo le quema la piel. El obispo Crimmings tiene claro que está poseída y ordena un exorcismo. El padre Sargeant, en cambio, racionalista y metódico, duda... pero ¿no será cierto, como decía Baudelaire, que «el engaño más ingenioso del Diablo consiste en persuadirnos de que no existe»? Mientras tanto, la gente se pregunta si los aullidos de mujer que se oyen en la casa parroquial se deben a una orgía o a una misa negra...

Años antes de *La semilla del Diablo* y de *El exorcista*, Ray Russell rescató en 1962 el tema del Diablo y del exorcismo, ya olvidado por una cultura donde «el miedo, la sangre, el asombro, el sentido de lo primordial y cierto componente de terror [...] han sido sistemáticamente expurgados de la experiencia religiosa». *Juicio a Satán* es una novela pionera donde la lucha entre fe y razón se libra entre oscuras culpas, vómitos y atronadoras tormentas.

NOTA AL TEXTO

Juicio a Satán fue publicada por primera vez en 1962 (Ivan Obolensky Inc., Nueva York).

I. LAS DOS CARAS DE LA MEDIANOCHE



Tal vez porque Dios ha acabado convirtiéndose en un Papá Noël afable de ojos chispeantes y barba escarchada; o porque los anuncios de la televisión tratan de engatusarnos para que les rindamos culto; o porque los carteles publicitarios creados por virtuosos del aerógrafo y maestros del eslogan nos insisten una y otra vez en que la familia que reza unida seguirá unida; o porque la religión no es hoy más que un ideal adulterado, un puro oropel sin zonas de sombra, una golosina para beatos tan agradable, dulzona y tediosamente inocua que con toda justicia podemos llamarla, como haría Karl Marx, el opio del pueblo; o porque el miedo, la sangre, el asombro, el sentido de lo primordial y cierto componente de terror —elementos sin los cuales no es posible ni el verdadero amor ni el verdadero arte ni la verdadera fe— han sido lenta y sistemáticamente expurgados de la experiencia religiosa; tal vez por todas estas razones o por alguna de ellas —o, muy posiblemente, por otras que ni siquiera estemos capacitados para comprender—, un sacerdote de la Iglesia católica fue puesto a prueba durante un angustioso fin de semana a mediados del siglo XX.

El calvario al que fue sometido dio comienzo con una serie de incidentes menores que sin embargo son dignos de mención. No deja de resultar extraño, por ejemplo, que las luces del salón de la casa parroquial de San Miguel estuvieran encendidas a plena potencia una medianoche po-

co antes de que empezara el fin de semana, ya que los sacerdotes están obligados por su profesión a acostarse temprano y, por lo general, quienes se acuestan temprano suelen también madrugar.

Aún resulta más extraño que dos personas se hubiesen pasado más de una hora merodeando por la acera desierta, frente a la casa parroquial, como si esperasen algo o a alguien. Una de estas dos figuras era la de un hombre alto y corpulento de unos cincuenta años; la otra, la de una muchacha con coleta, ya entrada en su adolescencia, bien parecida y bastante desarrollada para su edad.

Cuando la puerta de la casa parroquial por fin se abrió y una franja de luz amarillenta se proyectó en la oscuridad, esas dos figuras trataron de ocultarse entre las sombras. Un sacerdote salió de la casa parroquial. Se acercó a un Buick aparcado a una media manzana de distancia, se metió en él y al poco rato se marchó. En cuanto el coche dobló la esquina, el hombre corpulento y la adolescente salieron de las sombras y empezaron a andar por el pequeño sendero que llevaba a la casa parroquial. La muchacha se quedó atrás; el hombre la cogió con malos modos del brazo y tiró de ella mientras la regañaba en voz baja, pero la muchacha consiguió zafarse y salir corriendo. El hombre empezó a llamarla, pero no tardó en darse cuenta de que era demasiado tarde para armar tanto jaleo. Con cierta resignación, echó a andar detrás de la niña.

Era un viernes de finales de septiembre y hacía un calor inusual para esa época del año.

Muchos dirían que era la madrugada del sábado, pues hacía ya rato que había dado la medianoche. Pero el padre Gregory Sargeant no era de la misma opinión. Él y su predecesor en San Miguel, el padre James Halloran, acababan de volver a la casa parroquial.

—¿Le apetece una poco de *brandy*, padre Halloran? —había dicho Gregory con una licorera en la mano.

—No, gracias —había respondido el padre Halloran.

—Le importa si me...

—Como guste.

Mientras se servía una copita de *brandy*, el padre Sargeant sonrió.

—Detecto cierto tono de reproche en su voz, padre.

—Lo siento.

—Y creo que sé por qué es: piensa usted que me estoy saltando las normas a la torera. Déjeme que le explique. Tenemos prohibido tomar alcohol hasta después de la primera misa de la mañana. Y, como es más de medianoche, técnicamente ya es por la mañana. Eso es lo que está pensando, ¿verdad?

—Pues sí...

—¡Ah, pues ese es el problema! —exclamó con aire triunfal el padre Sargeant—. Usted funciona con el horario de verano.

—¿Y usted no?

El chiste formaba parte del repertorio habitual de Gregory desde hacía muchos años. Y, antes de rematarlo, siempre le gustaba hacer una pausa.

—¡Por supuesto que no, yo funciono con el horario de Dios! Y, según nuestro señor, no será sábado hasta dentro de... —El padre Sargeant echó un vistazo a su reloj—. Cincuenta y siete minutos. Así que... —Se llevó el vaso a los labios y dio un trago.

El padre Halloran intentó, sin demasiado éxito, participar de esa atmósfera distendida.

—Muy ingenioso.

Gregory Sargeant era consciente de que —como dirían sus amigos del mundo del teatro— le había salido el tiro por la culata. Sabía que el padre Halloran era un hombre con escaso sentido del humor. Frisaba además los sesenta y, por tanto, debía de sacarle unos quince años. Por si esto fuera poco, también parecía bastante cansado —igual que el propio Gregory—, ya que habían vuelto hacía poco a la

casa parroquial después de hacer una última ronda para presentar al nuevo párroco entre sus feligreses.

—Es una pena —dijo Gregory— que no pueda quedarse para la fiesta de nuestro patrón.

—Sí —admitió el padre Halloran—. Siempre me lo he pasado bien el día de San Miguel: la misa especial, la música... Pero los huérfanos necesitan que alguien se haga cargo de ellos cuanto antes.

—¿Está usted seguro de que no quiere quedarse a dormir? Se ha hecho tardísimo.

—No —respondió el padre Halloran—. Si salgo ahora mismo, llegaré al orfanato antes de que amanezca, justo a tiempo para ponerme a trabajar. Cuentan con que estaré allí a primera hora y no quiero desilusionarlos nada más empezar. No creí que tardaríamos tanto en dejarlo todo zanjado.

—Y ¿cuándo va a dormir?

—No se preocupe, últimamente no pego ojo.

«Yo tampoco. ¿Qué es lo que le tiene en vela a usted?», pensó Gregory. Pero en voz alta solo se atrevió a decir:

—¿Cómo ve su nuevo destino?

—Pues, mire, creo que puedo serles de bastante utilidad allí. Y no veo la hora de ponerme manos a la obra.

—Ya lo veo —dijo Gregory—. Cualquiera diría que tiene usted ganas de perder de vista San Miguel.

—No —contestó con rapidez el padre Halloran—, en absoluto. Aquí casi todo el mundo es encantador. Aunque también hay, por supuesto, algún que otro incordio. Como un tal Talbot, un calumniador profesional, un agitador...

—Ah, pero qué sería de una parroquia sin un personaje así —dijo Gregory.

—Eso es verdad. Yo he hecho buenos amigos aquí y en general he sido bastante feliz. Y no se me han presentado problemas muy diferentes a los que hay en cualquier otra parroquia.

—Bueno —dijo Gregory arrastrando las palabras—, algún caso extraordinario sí se habrá encontrado, ¿no?

El padre Halloran levantó la vista de repente.

—¿Qué quiere decir?

Gregory sonrió.

—¿Cómo se llama el empresario al que hemos ido a visitar hoy? ¿Glencannon?

—Sí.

—Tengo la sensación de que él sí me dará guerra. ¿A usted también le ha venido alguna vez con la ocurrencia esa de mandar su confesión grabada por correo para que le den la absolución por teléfono?

El padre Halloran asintió.

—Alguna vez, sí. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque.

—¿Y el farmacéutico? ¿De verdad espera que le reparamos las medicinas siempre que, como él dice, nos «pille de camino»?

—No se lo tenga en cuenta. A mí solo me lo pedía cuando sabía que iba a ver a algún feligrés enfermo que además era cliente suyo. Nunca me importó. Esta parroquia es como un pueblo.

—Sí, lo sé.

—Y luego está el anciano este —prosiguió Gregory—, el señor Sowerby. Me alegro de que me pusiera sobre aviso. Tiene que haber sido desesperante administrarle la extremaunción tres veces ya y ver que después de cada una de ellas se recuperaba y seguía plácidamente con su vida.

—Sí, he de reconocer que eso fue bastante extraño.

—Y ¿qué me dice de los Barlow? El marido parece una buena persona, y bastante tranquilo. Pero me ha dado la impresión de que la mujer tiene una personalidad, cómo decirlo... un tanto apabullante. ¿Es siempre así de enérgica y despótica?

—La señora Barlow es una mujer muy respetada en esta comunidad —contestó el padre Halloran—. Y muchos la

consideran una especie de líder entre las mujeres de la parroquia. Tiene una vida social muy activa. Supongo que es una persona en cierta manera atractiva.

—Sí, supongo que sí.

—Pero la familia que más me preocupa a mí —dijo el padre Halloran después de un breve silencio— no son los Barlow, sino los Garth.

—¿No son las personas a las que acabamos de ver? ¿El padre y la hija?

—Sí —respondió el padre Halloran—. Es un asunto pe-liagudo y bastante complicado. La muchacha tiene dieciséis años, perdió a su madre hace algún tiempo y padece algún tipo de trastorno, algún tipo de trastorno mental. Tiene... ataques. La han visto un montón de médicos y yo le recomendé a su padre que la llevara a un psiquiatra...

Una niña de dieciséis años con «ataques». Gregory se sonrió. «Ataques», qué palabra tan rancia y anticuada. Cuando se trata de mujeres jóvenes, esos ataques suelen estar causados por algún tipo de histeria sexual. El sexo, esa fuerza salvaje que bulle en nuestro interior y clama por ser liberada, puede tener infinidad de formas.

Gregory solía ver el sexo como una especie de río agitado que desemboca en una atronadora cascada. Enfrentados al tumulto de esa catarata, las personas pueden reaccionar de dos maneras diferentes. A algunas, ese espectáculo de violencia irracional y naturaleza desbocada les producirá un rechazo inconsciente y, aunque no se den cuenta, desearán detener las aguas agitadas del río o, cuando menos, desviar su curso para no tener que contemplarlo nunca más. Les parece demasiado grande e incontrolado y eso les ofende.

Pero hay otro tipo de personas que, al ver la catarata, se dirán: «Ah, ¡qué energía salvaje y maravillosa! Aunque ¡memento desperdicio! Esta fuerza divina podría ser canalizada y utilizada para hacer buenas obras». Así pues, construirán un dique y, en lugar de desviar el curso del río, tratarán de

aprovechar su fuerza para poner en funcionamiento una serie de turbinas, generar energía eléctrica y regar los campos resecos. A Gregory le gustaba pensar que esa era la actitud del catolicismo frente al sexo. La otra era la actitud protestante. («Aunque, claro —se decía, encogiéndose de hombros—, en esto no soy nada imparcial»).

El padre Halloran echó un vistazo a su reloj.

—Es hora de que me vaya —dijo—. Es ya muy tarde, tanto en el horario de verano como en el de Dios, y me espera un largo viaje.

—¿Lo tiene todo preparado?

—Sí, sí. Ya tengo las maletas guardadas en el coche —dijo mientras se levantaba—. Adiós, padre Sargeant.

—¿Está seguro de que no quiere quedarse a dormir?

—De verdad que no puedo.

Gregory acompañó al anciano sacerdote hasta la puerta.

—Bueno, hasta la vista, padre Halloran. Y gracias otra vez por explicarme cómo funciona todo por aquí. Se lo agradezco mucho.

Ya en la puerta, el padre Halloran se volvió de repente.

—Se llama Susan —dijo.

—¿Quién?

—La hija de Garth. La niña de los ataques.

—Ah, muy bien, Susan. Intentaré acordarme.

—Me gustaría tener tiempo para contarle con más detalle lo que le pasa. Me temo que no he podido serle de demasiada ayuda. Pero usted es un hombre inteligente, padre. Sabe de psicología y de otras muchas cosas. He leído alguno de los artículos que ha publicado... Me parece que está más preparado que yo para ayudar a la muchacha. Cuide bien de ella, padre.

—Descuide.

Mientras se estrechaban la mano, Gregory aprovechó para hacer alguna broma sobre los feligreses más excéntricos de la parroquia y el padre Halloran se las arregló para

que a sus labios asomara una sonrisa pétrea. Los dos sacerdotes se despidieron en medio de una atmósfera de falsa cordialidad.

Pero, en cuanto la puerta se cerró, el buen humor del padre Sargeant desapareció como por ensalmo. Se bebió de un trago lo que quedaba de *brandy*, se desplomó en una butaca y se llevó las manos a la cara.

Al rato, levantó la cabeza y contempló con desagrado el salón de la nueva casa parroquial. Se fijó en los jarrones que estaban desperdigados por toda la estancia, en los ceniceros, en los tapetes de ganchillo, en el papel de la pared —con su estampado agresivamente burgués—, en las imágenes sagradas de pésima calidad, en las enormes columnas de madera oscura. Dio un suspiro, se incorporó y alcanzó el breviario que tenía en la mesa de al lado. Hacía tal calor que antes de empezar a leer los oficios tuvo que quitarse la chaqueta.

Sin embargo, le resultó muy difícil concentrarse. Se le iba el santo al cielo cada dos por tres y no paraba de levantar los ojos del breviario. Pronto se encontró contemplando otra vez el aire opresivamente convencional de la casa parroquial. Y no pudo evitar compararla con la de San Francisco, con aquellas habitaciones enormes e imponentes, con su exquisita decoración a medio camino entre lo tradicional y lo contemporáneo. Se acordó de los amigos que había dejado en la otra parroquia: hombres y mujeres con inquietudes, escritores, arquitectos, directores de teatro, músicos, profesores. Se acordó también de las cenas selectas que solía celebrar en la casa parroquial, de las reuniones después del teatro, de la buena comida, de los vinos añejos, de las horas y horas de conversación agradable y estimulante. Y de los planes para escribir un libro con uno de sus amigos psicoanalistas.

Todo eso se había esfumado, para siempre.

Y ahora tenía que empezar otra vez de cero en una parroquia pequeña, rodeado de gente decente pero gris cuya

sencillez y amabilidad jamás podría reemplazar el dinamismo de las personas a las que había conocido. Tenía que empezar otra vez de cero a los cuarenta y cinco años.

Un poco de música; tal vez eso podría animarlo. Se levantó de la butaca, se acercó al aparato de música y estuvo un rato repasando con desgana los títulos de su colección de discos. Respighi estaba muy lejos de ser uno de sus compositores favoritos —a Gregory, de hecho, solo le agradaban las adaptaciones que había hecho de algunas piezas tradicionales italianas—, pero se decantó por una grabación de su *Vetrata di Chiesa*.

—Vitales de iglesia —dijo Gregory en voz alta con sequedad. «Tal vez me haga bien», pensó mientras sacaba el disco de su funda y lo colocaba en el plato.

El párroco se sentó y volvió a abrir el breviario. Con sus caricias delicadas y sinuosas, el primer movimiento —*La huida de Egipto*— consiguió transportarlo a un estado más receptivo. La melodía era casi gregoriana, un tipo de música que a Gregory le resultaba sumamente placentera (aunque confiaba en que no fuese por el parecido con su nombre) y que siempre conseguía infundirle una inmensa paz. La huida de Egipto. «La pequeña caravana atravesó el desierto en una noche estrellada, llevando consigo el Tesoro de la Humanidad». Una vez terminó de leer el oficio, cerró los ojos y sus músculos se fueron relajando poco a poco. Se dejó llevar por la música y, afortunadamente, consiguió dejar la cabeza completamente en blanco. El movimiento acabó con suavidad.

Un torbellino ensordecedor lo levantó en alto: un aullido gigantesco cuya intensidad subía y bajaba sin parar. Gregory, sobresaltado, frunció el ceño. El segundo movimiento —*El arcángel san Miguel*— acababa de dar comienzo con un estallido repentino. La espiral de sonido —divina e infernal a un tiempo— subía de intensidad y luego caía otra vez en picado, girando y enroscándose sobre sí misma de forma vertiginosa. «Y una gran batalla se libró en los cie-

los. Miguel y sus ángeles se enfrentaron al dragón. El dragón y sus ángeles les plantaron cara, pero no pudieron imponerse y ya no hubo lugar para ellos en los cielos».

No hubo lugar para ellos en los cielos. Aquella música de batalla consiguió envolver a Gregory como si fuese algo tangible, como si fuese la ira de Dios o el fuego del infierno. El instante de calma no había durado mucho. Los ojos se le empañaron y de sus labios se escaparon dos palabras: «Dios mío».

Para entonces la música sonaba con tal violencia que casi no pudo oír el timbre de la puerta.

II. UN FUEGO NEGRO



Como el ama de llaves estaba ya acostada, Gregory tuvo que levantarse a abrir. Apagó la música trepidante e impetuosa que seguía sonando y se dirigió a la puerta. Mientras cruzaba el vestíbulo —atestado de percheros y paragüeros— se dijo que sería el padre Halloran, a quien probablemente se le había olvidado algo.

Descorrió el cerrojo y abrió la puerta maciza de la casa parroquial.

—Ya sé que es tardísimo, padre —dijo el hombre corpulento con el que se encontró—, pero vengo por la niña.

La muchacha, en edad de estar ya en el instituto, no se atrevía a mirar al párroco a los ojos.

—No se preocupe —dijo Gregory—. Si de verdad es importante, ha hecho usted bien en venir.

—Pues sí que es importante, padre —dijo el hombre—. De hecho, es una especie de emergencia.

Gregory los condujo al salón, les ofreció asiento —la muchacha prefirió quedarse de pie— y volvió a ponerse rápidamente la chaqueta.

—Bueno —dijo Gregory—, déjenme que lo adivine. Ustedes son los Garth, ¿verdad? Susan y...

—Robert —respondió el hombre.

—Eso es, Robert. A ver si consigo aprenderme todos los nombres en unos días. Qué curioso. El padre Halloran, que acaba de irse, me estaba hablando de ustedes hace un rato.

Gregory había sacado el tema de la coincidencia más para romper el hielo que porque realmente le sorprendiera. No era ningún niño y había experimentado tal cantidad de coincidencias que ya solo le inspiraban cierta curiosidad intelectual. Desde el punto de vista emocional, se había acostumbrado a ellas y las veía como algo normal. Era preguntarse: «¿Qué será del padre menganito?», y al día siguiente recibía una carta o una llamada suya; o bien se acordaba de pronto de un versículo y, al ir a buscarlo, la Biblia se abría justo por la página en la que se encontraba. Aun así, Gregory no era tan vanidoso como para sentirse especial: sabía que a todo el mundo se le presentan coincidencias con tal frecuencia que no podía considerárselas una excepción; y sabía también que la mayoría de la gente suele recibirlas con la media sonrisa que se dedica a un viejo conocido más que con un parpadeo de asombro.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó.

Garth le pidió a su hija que se sentara. Cuando Susan le obedeció, dijo:

—Llevamos un buen rato dando vueltas delante de la casa parroquial. Hemos visto que estaba usted con el padre Halloran, pero no queríamos molestarlos. Nos ha parecido mejor esperar a que se marchase. Cuando el padre nos presentó hace unas horas, le cayó usted muy bien a Susie. Y debo reconocer que a mí también. Así que luego... —Garth se interrumpió—. Y ¿dice que el padre Halloran le ha estado hablando de mi hija?

—Sí, algo me contó —respondió Gregory.

Garth asintió con la cabeza.

—Verá —dijo—. El padre me recomendó que llevara a mi hija a un médico. A un especialista. Me dijo que él no podía hacer nada por ella, que necesita recibir asistencia profesional. Ya me entiende, asistencia psiquiátrica. Debía de pensar que estaba... loca. —Y de inmediato añadió—: Y tampoco es que le culpe. Después de lo que pasó, tenía buenas razones para creer que no estaba... en sus cabales.